

Un encuentro fortuito

Rafael Belmonte Agüera

Una mujer se cruza en el camino de un hombre que ha tomado la determinación de finalizar con su vida.

ESCENARIO:

Un basurero.

PERSONAJES:

MENDIGO. -

Un hombre maduro de edad indefinida.

ELLA. -

Una mujer de unos 40 años, bien conservada.

Hay un sutil olor a basura que proviene del escenario.

Es una nublada mañana de invierno.

*El mendigo está adormilado, tumbado entre bolsas de basura,
cajas, desperdicios...*

*Al rato de haberse acomodado los espectadores,
el mendigo empieza a levantarse despacio.*

Está sucio, aturdido, tiene la mirada perdida, el cuerpo abatido.

*Abre y busca en varias bolsas de basura hasta dar con medio
cigarrillo.*

*Se lo pone en los labios, prueba a encenderlo con algunos
mecheros de esos de usar y tirar que lleva repartidos por los
bolsillos de su chaqueta, como ninguno saca llama, los va
desechando. Por fin consigue que uno encienda el cigarro.*

*Se sienta frente a un puñado de bolsas negras repletas de
basura.*

Se queda absorto mirando las bolsas.

Casi sin darse cuenta de lo que hace, canturrea suavemente:

MENDIGO: *(Da lo mismo que desafine como que no) “No sé qué pasa que
todo lo veo negro // Las flores, y mi amor también lo veo negro// Y si un negro
mi camino quiere cruzar, // yo no lo veo por lo negro de mi mirar...”*

*Entra **ELLA** (que va vestida con pulcra extravagancia,
sombrero, paraguas y con un abrigo negro como última prenda) de frente al*

MENDIGO. *Al verlo, se detiene.*

Lo observa atentamente.

El mendigo la mira, y canta de nuevo la estrofa;

aunque ahora alza

la voz con disgusto. Ella se decide y pasa por su lado, a prudente

distancia. El mendigo, mirándola con descaro, sube a propósito el tono

cuando llega a la parte de la letra que dice:

“Y si un negro mi camino quiere cruzar // Yo no lo veo por lo negro de mi mirar”

...

Ella, inquieta por el matiz del mendigo, se detiene de pronto,

rebusca en una pequeña cartera y saca unas monedas. Las deja caer al lado

del mendigo y continúa su camino con paso indeciso, mirando de

rejojo hacia atrás.

MENDIGO: *(Deja de cantar. Mira las monedas. Pensativo)* También lo hago mal...

ELLA: *(Se detiene otra vez. De espaldas al mendigo. Aterrorizada. Con un hilillo de voz)* ¿Qué...?

MENDIGO: *(Reacciona. Mira en dirección a la mujer)* No... iba con usted.

ELLA: *(Con su voz atiplada)* ¿Cantar...?, no... Si... cantaba con... ganas.

MENDIGO: *(A sus bolsas. Pensativo)* Sí..., con bastantes.

ELLA: *(Igual)* También con... rabia.

MENDIGO: *(Igual)* Con mucha.

ELLA: *(Igual)* Perdonará la sinceridad.

MENDIGO: *(Sale del ensimismamiento)* Bah... La sinceridad se acepta o no se acepta. Yo la prefiero.

ELLA: *(Igual)* Claro, claro. Se canta bien o... se canta mal. O... regular. O... con rabia. Y usted... ¡ay, no sé!

MENDIGO: O... fatal.

ELLA: *(Igual)* ¿Qué...?

MENDIGO: Que es otra de las variedades de canto: el canto fatal. Y yo he escogido esa modalidad, ¿verdad?

ELLA: Usted lo dice. Usted sabrá.

MENDIGO: *(Mira las pocas monedas)* Y usted me lo ratifica.

ELLA: ¿Yo? No; no, señor. De mi boca...

MENDIGO: Por su bolsillo, digo.

ELLA: Es que mi bolsillo es flaco. Y no entiende de canciones.

MENDIGO: Ya. Y yo he escogido el canto fatal por culpa del flaco favor del maldito tabaco. *(Con intención, escupe ruidosamente. Ella se asusta más)*

ELLA: *(Igual. Para sí)* Ah, Dios mío. Me va a matar, seguro. Me va a matar.

Hoy... precisamente. ¿Quiere... quiere más dinero...? *(Temblando, saca otras cuantas monedas y las arroja de espaldas en dirección al mendigo. Unos pocos billetes se los mete por el escote)*

MENDIGO: *(Al caerle unas cuantas monedas sobre la cabeza)* ¡Joder!, quien me va a matar es usted a mí... *(Se corta. Medita. Para sí)* Antes de...

ELLA: *(Igual. Lo corta)* No, no. Ya no me queda nada más suelto...

MENDIGO: *(Pensativo)* ¿Qué...?

ELLA: Que ya no me queda nada más suelto.

MENDIGO: *(Igual)* Si hubiera tirado de las más gordas..., quién sabe...

(Mirando una pequeña moneda que ha cogido)

ELLA: *(Se lleva una mano al escote)* Ni... agarrado tampoco, no señor. Ya no me queda nada. Si quiere, usted me espera aquí y yo voy a mi casa y...

MENDIGO: (*Mira en dirección a la mujer. Cambia*) ¿Piensa seguir así toda la mañana?

ELLA: (*Aterrada, tiembla*) ¿Cómo?

MENDIGO: Ahí, de pie... y hablando sin parar.

ELLA: Es que... yo iba para allá. (*Señala, pero no se mueve*)

MENDIGO: Bueno, bueno. Allá usted. Que lo pase bien. Pero acuérdesse de una cosa: estas monedas que deja aquí tiradas, mañana puede necesitarlas.

ELLA: (*Se tranquiliza*) ¿Usted no?

MENDIGO: Si fuera a tener un mañana... también.

ELLA: (*Se vuelve despacio, con miedo*) ¿Qué... ha querido decir?

MENDIGO: ¿Con qué?

ELLA: Con eso de que si tuviera un mañana.

MENDIGO: (*La mira unos segundos y retira la mirada*) Pues... (*Se mira la vestimenta*) que no. Que no... las quiero.

ELLA: Desde luego no se las merece.

MENDIGO: ¡Hombre!

ELLA: Nada, ni una. Canta usted como... Eso que ha dicho del canto fatal. No lo ha escogido usted, sino que él parece como si le hubiera escogido a usted.

MENDIGO: Ah, ¿sí?

ELLA: Pues sí.

MENDIGO: Cosas que pasan...

ELLA: Y que mejor no pasaran. Puede asustar a alguien.

MENDIGO: Bueno, yo no quería asustar a nadie. Cantaba... porque sí.

ELLA: Pues ese porque sí suyo, puede ser la pesadilla de alguno.

MENDIGO: (*Confundido*) No es corriente que pase por aquí gente...

ELLA: Ya ve usted. No es corriente, pero tampoco imposible.

MENDIGO: Gente como... usted.

ELLA: ¿Como yo? ¿Y qué tengo yo?

MENDIGO: No... Usted parece que tiene de todo.

ELLA: Qué sabrá usted lo que yo tengo o dejo de tener.

MENDIGO: Por su aspecto...

ELLA: Qué.

MENDIGO: *(Va a decir algo, pero se detiene)* No... nada. Siga usted su camino.

ELLA: Ay, ¿por qué?

MENDIGO: *(Desconcertado)* ¿Cómo que... por qué?

ELLA: Sí, sí, que por qué.

MENDIGO: Oiga, señora, si lo que tiene son ganas de cháchara, llame a otra puerta. La mía está... *(Pensativo)* cerrada.

ELLA: ¿De hablar, yo? Ninguna gana. Yo venía de pasearme, tranquilamente. Y usted me ha provocado con esa canción suya, cuando he...

MENDIGO: ¿Que yo la he provocado?

ELLA: Usted sabe que sí. Y yo también. Así es que no disimule ahora. O pídamme disculpas.

MENDIGO: Oiga, déjeme en paz.

ELLA: Y si por lo menos fuera un placer oírle a usted cantar... Pero yo, desde luego, es que no había oído cantar tan mal desde... *(Hace un gesto con la mano)*

MENDIGO: *(Grita)* ¡Ya está bien! ¡Yo no estaba cantando para que la primera... mojitata que pasara me tirara monedas, y menos a la cabeza! ¡Cantaba sin gana! ¡Cantaba porque me salía de los... orificios nasales!

ELLA: *(Mira al mendigo con los ojos muy abiertos. Abre la boca todo lo que puede. Se lleva una mano a la frente, se tambalea a punto del desmayo)* Oh.

MENDIGO: ¿Le pasa a usted algo? *(Se levanta)*

ELLA: *(Al ver acercarse al mendigo sale despavorida hacia otro sitio. Se detiene. Y sigue con su desmayo)* Oh, oh.

MENDIGO: Mujer... que se va a caer. *(Va hacia ella)*

ELLA: *(La misma operación)* Oh, oh.

MENDIGO: *(Se detiene. Grita)* ¿Me está usted tomando el pelo?

ELLA: Oh, oh... ¿Cómo... cómo puede hablarle así a una... mujer que está a punto del desmayo?

MENDIGO: *(Grita)* ¡Es que parece como si no se decidiera usted por el sitio, y como eso no me lo creo, me pone nervioso! *(Avanza hacia ella)*

ELLA: *(La misma operación. El mendigo se detiene)* Oh, no grite, no grite. Los gritos, hechos palabra, son la bestia de lo que queda en nosotros.

MENDIGO: ¡Y una mierda! ¡Mira por dónde me sale la... maniquí esta! *(Echa a andar hacia ella)*

ELLA: ¡Quieto! *(El mendigo se detiene)* ¿Maniquí?

MENDIGO: Eso he dicho, sí.

ELLA: ¡Oh! *(De sorpresa)* Oh... *(De desmayo)*

MENDIGO: *(Se mueve)*

ELLA: ¡No se mueva usted de ahí! *(El mendigo se encoge de hombros. No se mueve)*

MENDIGO: Pero usted tampoco. Si quiere desmayarse hágalo ahí mismo, como a mí me pillaré aquí no tendré remordimientos si se rompe la cabeza.

ELLA: De acuerdo. De acuerdo. Pero deje a su bestia dormida. Déjela que duerma para toda la eternidad...

MENDIGO: *(Gesticula, sin entender)*

ELLA: ¿Es... mucho pedir?

MENDIGO: Un rato largo, para toda la eternidad. Y con lo que a mí me gusta gritar...

ELLA: *(Confidencial. Ensoñadora)* Escuche...

Silencio.

MENDIGO: Qué.

ELLA: *(Muy atenta a lo que esté escuchando)* Calle. Y escuche... Escuche...

El mendigo lo hace.

Silencio.

Ella parece deleitarse con lo que oye.

El no comprende nada. Ella cierra los ojos y balancea una mano

frente a sí misma.

MENDIGO: *(Se acerca sin que ella se aperciba. La toca en un hombro con un dedo)* Oiga...

ELLA: *(Al verlo tan cerca. Aterrada)* Aaaah...

MENDIGO: *(Se asusta del otro grito)* Aaaah...

ELLA: Oh. *(Se desmaya. Al caer, le da un golpe en la cabeza al mendigo con el paraguas, que también cae al suelo)*

MENDIGO: Ah. *(Cae)*

ELLA: *(En el suelo)* Ay, ay, ay... mi cabeza... ha hecho crac.

Silencio.

Ambos se reponen al mismo tiempo.

ELLA: *(A gatas) (Ha dado un extraño cambio: en gestos, voz, movimientos... Ya no tiene miedo al mendigo y parece una mujer simpática, desenvuelta y nada remilgada) ¡Hola!*

MENDIGO: *(También a gatas) ¿Hola?*

ELLA: ¿Se puede decir hola, como una pregunta? Pues... no sabría qué responderle.

MENDIGO: ¿Qué le pasa a usted?

ELLA: *(Aturdida) ¿A mí? Nada. ¿No se dice hola cuando se encuentran dos personas por la calle?*

MENDIGO: Eso, por la calle.

ELLA: *(Mira el lugar) ¿No estamos en la calle?*

MENDIGO: *(Duda) Sí...*

ELLA: Pues ya está. A ver.

MENDIGO: *(La mira con extrañeza) Parece usted otra...*

ELLA: ¿Otra? Otra... ¿qué?

MENDIGO: Pues... no sé. A mí me ha llamado a confusión, sus trazas de hablar de antes, señorita..., señora...

ELLA: ¿Y cuándo he hablado yo?

MENDIGO: *(La mira con atención. No sabe ni que está hablando) Antes...*

Antes... de... Está como... transformada.

ELLA: Uy, no sé de qué se sorprende. Todo se transforma constantemente, ¿no lo sabía? A ver. *(Se sienta en el suelo)* Mire: por ejemplo, pone una palabra detrás de otra, y va y forma una frase. Así, como el que no quiere la

cosa. Pero, en cambio, si utilizase las mismas palabras colocándolas en otro orden distinto, variaría totalmente el sentido de la frase. A ver. Luego, la frase tendrá o no tendrá sentido... será comprensible o incomprensible, eso; le gustará o no, pero la frase ya la tiene transformada. *(Por el gesto del mendigo)* Sí..., de verdad... Y pasa lo mismo con las nubes. ¿Se ha fijado en las nubes? Pues mire: de parecer un perro ahora mismo de ahora mismo ¿no?, las nubes, pues en cuanto las mueve el viento un poco, se transforman en un bosque blanco y gris ahora mismo de ahora mismo también. Y ya me dirá usted que tiene que ver un perro con un bosque... A ver. ¿Por qué pone esa cara? ¿No se había fijado en lo de las nubes?, ¿ni ha probado a cambiar de sitio las palabras?, ¡pobre!, se está perdiendo la mitad de la vida. A ver. *(Mira hacia arriba)* Ahora es que está totalmente cubierto, a punto de llover. Si hiciera un día de esos azules y brillantes con vientos altos de esos que arrastran las nubes de un lado para otro, se lo demostraría. Pero es que está demasiado nublado... *(Por la cara del mendigo)* ¿No le gustan los cielos tampoco? Pues los cielos son el techo universal. A ver.

Vuelve a colocarse a gatas. El mendigo sigue en esa postura.

ELLA: Bueno, cuando usted diga.

MENDIGO: *(Confundido)* Cuando yo diga, ¿qué?

ELLA: ¡Un momento! *(Se despoja del abrigo. Se coloca a gatas)* ¡Ya!

MENDIGO: *(Igual)* ¿Ya...?

ELLA: La carrera.

MENDIGO: *(Igual)* ¿Qué... carrera?

ELLA: Hombre de dios, qué infinitamente despistado es usted. ¡No le gustará que le rueguen! Porque si es una de esas personas a las que les gusta que le

rueguen, a mí usted no me conviene como compañero de viaje. Aunque sea en un viaje de competición. A ver.

MENDIGO: No comprendo...

ELLA: No, si no hay nada que comprender. *(Enfadada)* ¿Pues qué hacemos los dos así, sino prepararnos para echar la carrera?

MENDIGO: *(No sabe a qué atenerse. No se mueve. La mira boquiabierto)*

ELLA: *(Se prepara para salir)* ¿Da usted la señal de salida o qué? Me voy a cansar.

MENDIGO: Pero...

ELLA: ¡Espere, no vale! Déme ese sombrero *(Se refiere al suyo, que se le cayó. El mendigo se lo acerca. El la mira con recelo)* Es por si saliera el sol sin avisar. No vaya a recalentármeme la cabeza durante la carrera.

MENDIGO: Pero que está usted diciendo de carreras ni carreras... ¡Para carreras...! Que yo no quiero echar ninguna carrera. *(Se levanta)*

ELLA: ¿Cómo que no? No puede arrepentirse. Ya está en la lista. Total, una carrera más o menos... ¿O es que es usted un cobarde?

MENDIGO: *(Empieza gritando y sigue por lo bajo)* ¡Yo no soy un cobarde!, pero no tengo ganas de correr... Y menos a cuatro patas...

ELLA: *(Grita)* ¿Cuatro patas? ¡Cuatro patas las tendrá usted, señor corredor! ¡Yo iba a gatear!, pero lo más rápida que pudiera, ¿entendido? ¿Es que no hace deporte? Pues no tendrá muchos amigos hoy día...

MENDIGO: *(Se contiene. La señala con un dedo)* ¡Cállese! ¿Me oye? ¡Cállese!

ELLA: Puede señalarme todo lo que quiera con un dedo o con dos o con todos los dedos que usted tenga a mano, a mí no me molesta, no. *(Grita)* ¡Pero no

me grite, que yo también puedo gritar y no grito! ¿Se ha enterado, bien enterado? A ver.

MENDIGO: Ya... no le asustan los gritos. Como los da usted...

ELLA: ¿Asustarme? ¿Cuándo me han asustado a mí los gritos?

MENDIGO: Hace un rato estaba...

ELLA: ¿Qué gritos? No se busque más excusas. ¡Sitúese en posición de salida! ¿No estábamos los dos preparados? Pues acabemos cuanto antes, ¿o voy a estar esperándole toda la tarde?

MENDIGO: ¿La tarde?... Pero... si estamos por la mañana.

ELLA: ¿Por la mañana?

MENDIGO: (*Mirándola con tristeza*) Sí.

ELLA: Yo estoy por la tarde. Usted estará por la mañana, bueno.

MENDIGO: Que estamos por la mañana, mujer...

ELLA: ¿Me meto yo con su mañana de usted? Pues deje en paz mi tarde. Si usted puede continuar con su mañana toda mi tarde, toda su tarde y nuestras dos noches juntas... A ver. Pero que le quede claro que yo estoy por la tarde. Ya sabe. ¡Vamos, venga aquí!

MENDIGO: Oiga, que eso de la carrera se lo está inventando usted... Que...

ELLA: ¿Inventando? Usted estaba aquí a mi lado, a gatas, listo para echar la carrera.

MENDIGO: (*Afligido*) Me temo... lo peor.

ELLA: ¿Tiene miedo a perder? Lo peor que le pudiera pasar es que llegara el segundo. No cuento muchos más corredores en el punto de salida.

MENDIGO: Si no lo digo por mí, sino por usted.

ELLA: Ah, si gana usted, yo llegaré la segunda. No me importa. Y no tengo tan mal perder, como para que tema alguna represalia...

MENDIGO: *(Confundido)* Que yo no hablo de carreras, mujer.

ELLA: ¿De qué entonces? *(Piensa)* ¿Tiene usted necesidad de ir al lavabo antes de empezar?

MENDIGO: ¿Yo?

ELLA: Pues vaya usted, vaya. *(Se sienta en el suelo)* Yo le esperaré a que termine. ¿Es usted de los que se eternizan en el lavabo?

MENDIGO: Pero ¿qué dice?

ELLA: Ay, ¿qué he dicho? Me confunde usted con tanta indecisión.

MENDIGO: *(Confundido)* Pues... yo que sé. Lo del lavabo y...

ELLA: ¿Es que no va usted al lavabo, aunque sea de uvas a peras? Porque si no va al lavabo nunca de nunca debería visitar algún médico. Yo, cuando voy al médico, lo primero que hago antes de entrar en la consulta es buscar un lavabo; y al salir, también. Es que los médicos me ponen enferma del vientre, sabe. Antes y después. O sea, siempre. Me lo aligeran, me lo aligeran, y yo tengo que aligerarme también el paso si quiero llegar a tiempo a un lavabo. Será una especie de alergia o algo así. A ver.

MENDIGO: *(Totalmente confundido)* Oiga...

ELLA: Dígame.

MENDIGO: ¿Le duele la cabeza?

ELLA: ¿Es usted médico? Me comprenderá, pues.

MENDIGO: No..., no soy médico. ¿Pero le duele?

ELLA: El qué.

MENDIGO: La cabeza.

ELLA: ¿A mí? Dicen que la cabeza no duele. Bueno, doler sí duele, pero no es la cabeza en sí misma. Duele la cabeza porque a lo mejor se tiene malo el estómago ¿no?, y entonces... Entonces, pues nuestro cuerpo, que es muy listo, nos manda el dolor arriba, a la azotea, o sea, a la cabeza, para que sepamos que tenemos el estómago malo. Lo que también pasa es que no nos enteramos de qué es lo que tenemos malo más abajo de la cabeza cuando nos duele la cabeza. Eso, también. Pero ¡fíjese si supiéramos darnos cuenta!, ¿eh? Por ejemplo: que a alguien le doliera la cabeza y tuviera la certeza que era... de un pie. Pues no se tomaría una aspirina o no molestaría al médico de la cabeza, iría directamente al callista. El callista le quitaría el callo y se le acabaría el dolor de cabeza. Y, además, tendría un callo menos; que eso anima, sobre todo al echarse a andar. Es lo que yo digo: la mitad de las veces vamos al médico equivocado. *(Al ver la cara de estupefacción del mendigo)* No sé si usted me entiende lo que yo quiero decir. Con esa cara que pone, cualquiera diría que estoy diciendo algo muy complicado. Y no sé si no me entiende porque yo no me explico lo suficiente o porque a usted se le escapa lo que yo quiero decir. Eso, pasa. Una intenta de buena fe expresar algo ¿no?, lo que sea, vale lo que sea, pero a quien se lo dice, al que tiene enfrente, está pensando en otra cosa y no se entera de nada, o sólo oye la mitad de lo que le dicen, y entonces pues como sólo se entera de la mitad y suele ser la peor de las dos mitades, pues se enfada mucho casi siempre con quien se lo está diciendo. ¿Cuál es su caso de usted? *(El mendigo intenta decir algo)* Y es que el que se lo dice no tiene culpa de que el otro esté en otro sitio con su mente. A ver. La mente es que es tan complicada... Una vez vi en una película la mente por dentro ¿no?, así, sin pelo ni nada, y tiene una de huesos y de sesos que si

usted lo viera no se lo creería. Y no estoy exagerando, no. Si pudiera yo abrirme la cabeza para enseñársela, me la abriría. Pero ahora no tengo ganas de quitarme el sombrero.

MENDIGO: *(Se balancea, quizás de agotamiento)* Pero le duele, ¿verdad?

ELLA: *(Sonríe)* De sobras sabe usted que los sombreros no se duelen... Los míos nunca se me han quejado, no, no.

MENDIGO: Digo lo que tiene debajo del sombrero.

ELLA: Si ya le he respondido.

MENDIGO: Pues no me acuerdo, mire usted, señora, de lo que me ha respondido.

ELLA: Pues... yo no tengo callos, a Dios gracias. Y el estómago también lo tengo muy saludable...

MENDIGO: *(Alza la voz, luego se contiene)* ¡Y qué tiene que ver el estómago o... los pies, digo yo! *(Baja)* En este... momento.

ELLA: *(Entristecida. Derrumbada, porque el mendigo no la comprende)* No me ha escuchado. Bueno, también puede no haber entendido lo que le he explicado. O yo no me he explicado lo suficiente. Nunca me explico lo suficiente. Quizás si yo se lo pudiera enfocar desde otra esquina...

MENDIGO: No empiece ahora con las esquinas, por favor. Usted ahora mismo sería capaz de encontrar esquinas hasta... en una plaza de toros.

ELLA: ¿Las plazas de toros? Pues también tienen esquinas, sí señor.

MENDIGO: *(Grita)* ¿Le duele o no le duele?

ELLA: Ay. ¿Tendría que dolerme a mí algo ahora por algo que yo no sepa?

MENDIGO: Es... posible, por los síntomas.

ELLA: ¿Qué síntomas?

MENDIGO: *(Pensativo)* ¿Eh?

ELLA: ¿Lo ve? No nos escuchamos. Si yo eso lo sé. Dos palabras le he dicho, dos. “Qué” y “síntomas”, y usted no se ha enterado de ninguna. ¿A que está pensando en otra cosa?

MENDIGO: Sí, eso es cierto. *(Va de un lado a otro, pensativo)*

ELLA: Ya lo sabía, ya. Está nervioso, ¿verdad? Se le nota. Yo, al menos, se lo noto. Mueve un pie y luego otro, así va. Usted es que no se fija en cómo lo hace, pero lo hace.

MENDIGO: A esto se le llama caminar.

ELLA: Caminar nervioso, eso es.

MENDIGO: Caminar. Y ya está.

ELLA: ¿Y en lugar de ir de aquí para allá, como si fuera a aparecerse uno de repente en mitad del recorrido, por qué no va directamente a uno cualquiera?

MENDIGO: ¿Ir...?

ELLA: Al lavabo.

MENDIGO: ¡Váyase usted a..!

ELLA: Oiga, que quien tiene ganas de buscarse un lavabo es usted.

MENDIGO: *(Grita)* Pero ¿quién le ha dicho a usted que yo tenga ganas de...?

ELLA: Voy a entrenar, mientras le vienen las ganas... o decide a qué médico piensa ir. *(Gatea)*

MENDIGO: *(Para sí)* Esta mujer está loca. O ha enloquecido aquí. Está mucho peor que Faustino y yo juntos.

ELLA: *(Se tropieza con las monedas)* Oh, dinero. ¿Es suyo?

MENDIGO: No, suyo.

ELLA: ¿Mío? ¿Y cómo sabe que es mío si está por el suelo?

MENDIGO: Porque usted me lo había dado...

ELLA: ¡Entonces no es mío, es suyo!

MENDIGO: No, es suyo. Yo no se lo he aceptado.

ELLA: ¿No? *(Lo mira de arriba abajo)* Me extraña...

MENDIGO: Pues que no le extrañe. Así ha sido.

ELLA: ¿Por qué...?

MENDIGO: No... le importa.

ELLA: Qué ingrato, ¿no?

MENDIGO: Sí.

ELLA: *(Empieza a recogerlo)* Pues si me lo hubiera dicho antes, no hubiéramos perdido el tiempo hablando de dinero. No sé, decírmelo ayer, o anteayer...

MENDIGO: *(Paciente)* Cómo se lo iba a decir a usted ayer, si acaba de llegar ahora mismo, mujer.

ELLA: ¿Esta tarde?

MENDIGO: Esta... mañana.

ELLA: Pues no. Ni ahora mismo, ni por la tarde ni por la mañana, todo mentira. Yo sé que estamos en el mismo punto de partida hace ya una semana. Por lo menos. Aquí, como una tonta, a la espera de que le vengan las ganas de acercarse al lavabo. Si hiciera un esfuerzo por ir... terminaríamos rápido.

MENDIGO: Mire, señora, yo no quiero ir a ningún lavabo. Déjeme en paz, que piense.

ELLA: *(Para sí)* Que no, dice. En fin, no sabía yo que esas cosas pudieran o no pensarse.

MENDIGO: *(Para sí)* Ha ido a pasarme esto a mí en el día...

ELLA: Sí, ir al lavabo interrumpe cualquier actividad. Pero mandan los lavabos.

A ver.

MENDIGO: No... hablaba de nada de eso...

ELLA: Ah, déjeme que adivine. ¿A que le gusta lo natural? Pues hágalo al natural. Yo no miraré, se lo prometo.

MENDIGO: Que no, que no quiero ir a buscar nada. Mire... creo que no está en sus... cabales.

ELLA: Ah, eso nadie.

MENDIGO: Eso ya es mucho decir...

ELLA: ¿Sí? ¿A cuántos conoce usted que su razón sea tanta razón como para convencerle de todo?

MENDIGO: Pues...

ELLA: Si... hasta Dios, si existe, tenía que tener un mal día de razonamiento cuando nos creó. Y la vida, ya ve, sigue a mí dándome la razón día que pasa. ¿No hay que estar totalmente chiflado, para si uno es Dios, ir a entretenerse creando personas? Que parece que lo hizo a mala fe, ¿eh? O eso o que se estaría vengando de alguien. A ver.

MENDIGO: *(La observa muy quieto, pensativo)*

ELLA: Es toda una mentira tan grande como la vida misma. Es una estafa. Una se hace ilusiones de vivir para toda la vida, y cuando menos lo espera, pues ¡zas!, a morirse. No hay derecho. ¿Y si una no ha vivido todo el tiempo que se había propuesto? A ver.

Pausa.

ELLA: ¿No dice nada? *(Porque el mendigo está pensativo)*

MENDIGO: *(Reacciona)* Señora, sería mejor que se sentara. Aquí, conmigo.

(Se sienta)

ELLA: ¿Y la carrera?

MENDIGO: Luego. Cuando... lleguen el resto de participantes.

ELLA: ¿Va a venir más gente? Estupendo. Cuanta más competencia, más esfuerzo. Mejor que mejor. Ahora mismo voy. Recogeré todas las monedas. Es que... el dinero no me gusta, pero colecciono moneditas. *(Se ve los billetes que se escondió en el sujetador)* ¿Y esto?

MENDIGO: Qué.

ELLA: *(Sacándolo)* Todo este dinero.

El mendigo le da a la cabeza.

ELLA: ¿También es mío?

MENDIGO: Si lo tenía usted...

ELLA: Ay, no sé. Yo lo he sacado de aquí, pero... Usted no lo habrá metido...

MENDIGO: *(Para sí)* ¿Y qué hago yo ahora?

ELLA: ¿Con lo de la carrera o con lo del lavabo? Porque las monedas son mías, ¿no?... Y los billetes también.

MENDIGO: Sí, todo suyo, no se apure.

ELLA: *(Termina de recoger las monedas. Busca un papel, y envuelve todo)*

MENDIGO: Siéntese usted aquí, a mi lado.

ELLA: A eso se le llama acoso sexual.

MENDIGO: *(Con paciencia)* Venga, venga aquí.

ELLA: Acoso sexual, con premeditación psicológica. Que pone usted voz de santurrón para pedírmelo. La voz, pero detrás de la voz, ¿qué habrá? A ver. Porque hasta los santos para llegar a santos... *(Agita una mano)* hacen antes

de todo, para poder arrepentirse luego y no volver a hacerlo. Por eso terminan santos. A ver.

MENDIGO: *(Enérgico)* Venga.

ELLA: Acoso sexual con uso de fuerza, además, peor que peor. Podría costarle eso unos cuantos años largos de cárcel, ¿eh? Y la cárcel no es propiamente el recreo de un colegio ¿eh? Allí hay presos, y los hay muy buenos, buena gente que ha cometido un error, y que la han cogido, claro; pero otros son muy mala gente ¿eh? Es como la calle: hay buena y mala gente, así de simple; pero con la diferencia de que la cárcel tiene cuatro paredes muy altas solamente y están muy juntas, y la calle es mucho más ancha, y no tiene cuatro paredes juntas, y tiene más huecos por donde poder escaparse. Mejor seguir en la calle ¿eh? Deje de acosarme porque no le gustaría la cárcel ¿eh? ¿Ha estado alguna vez?

MENDIGO: No, nunca he estado.

ELLA: Pues luego, cuando le encierren, se acordará de mis palabras. Si no de todas, de unas cuantas. Fíjese, yo creo que es mejor estar muerto que en la cárcel.

MENDIGO: *(Sombrío)* Muerto...

ELLA: Muerto, sí. Aquello que no te mueves ya para nunca. Ya no se necesitan ni lavabos, ni moneditas, ni nada de nada. Uno que se murió lo vi yo y ya nunca pidió nada. Vamos, ni agua. ¿Usted ha estado muerto alguna vez?

MENDIGO: *(Sombrío, con la mirada ida)* Muchas veces...

ELLA: Ah, pues para qué le cuento yo esto. Si ya lo sabrá.

Silencio. Pausa.

Ella observa al mendigo, que está pensativo. Por fin, él sale de su estado.

Cuando el mendigo la mira, ella mantiene la mirada.

MENDIGO: Siéntese, con toda confianza.

ELLA: ¿No habrá... peligro?

MENDIGO: ¿Peligro? (*Triste*) ¿Por quién o qué me ha tomado usted, señora?

ELLA: Uy, qué creído, ¿pensaba que lo decía por usted ahora?

MENDIGO: Pues sí. En eso pensaba.

ELLA: No se ilusione. Es por la caja esta, por si se rompe y me caigo.

MENDIGO: Ya. No; puede sentarse tranquilamente. (*Ella no se decide*) Hágalo, quiero que hablemos.

ELLA: (*Se sienta y se cae*) Tranquilamente, ¿verdad?

MENDIGO: (*Se levanta rápidamente. Le tiende una mano*) Cómo lo siento.

ELLA: Quien más lo ha sentido he sido yo, se lo prometo. (*Se rasca el trasero*) No (*por la mano*), ya me levantaré yo sola; no sea que me quede con su brazo en mi mano. No me fío.

Ella se levanta y se prepara un asiento sólido. Se sienta.

ELLA: Usted dirá.

MENDIGO: Verá... (*Preocupado*) No sé cómo empezar...

ELLA: Si yo pudiera ayudarle...

MENDIGO: Totalmente. Nadie más puede hacerlo.

ELLA: Pues diga, diga.

MENDIGO: Es... embarazoso.

ELLA: ¿Es... por lo del lavabo o por... lo de la carrera? ¿Por lo de la cárcel?

No se preocupe. Ya veo que no va con intención sexual.

MENDIGO: *(Mira hacia arriba. Para sí)* Paciencia, Fed, paciencia.

ELLA: Perdone, perdone. ¿He cogido alguna moneda que no fuera mía? Yo se la busco en un momento... *(Saca el papel en el que envolvió monedas y billetes, lo abre y se le caen. Se tira al suelo a recogerlo)*

MENDIGO: *(Alza la voz)* ¡Deje en paz las monedas!

Ella, resignada, aunque no muy convencida, se sienta.

MENDIGO: Estese quieta. No haga nada. ¿Podrá?

ELLA: Lo intentaré.

MENDIGO: Escuche. Nada más.

ELLA: Está bien. Muy bonito. ¿Y quién marcará los turnos si no llega nadie más?

MENDIGO: *(Nervioso, se pasa las manos por la cabeza)*

ELLA: Sí... Los turnos para la réplica. A saber la de cosas que piensa usted decir. Y si yo tengo que estar todo el rato callada, pues va a resultar aburrido... A ver.

MENDIGO: Yo no estoy dispuesto a hacer un... un... debate. Sólo quiero hablar con usted.

ELLA: Pues eso: una conversación. Usted dice algo, yo digo otro algo, luego usted dice algo a ese algo mío y luego a ese algo mío usted respondería con otro algo suyo. Y así, de un algo suyo a un algo mío pues llegaríamos a alguna conclusión que muy bien podría beneficiarnos a uno o a los dos. Las conversaciones enriquecen a todos los niveles a las personas. Pero si a mí no me va a llegar nunca mi turno, usted se va a aburrir, porque no hay conversación. Sería un hablar usted como si yo no estuviera delante.

MENDIGO: ¿Ha terminado?

ELLA: Sí. Es su turno.

MENDIGO: Escúcheme bien, señora: usted ha pasado por aquí...

ELLA: Yo no pasaba, yo he venido a echar una carrera y me he encontrado unas monedas que usted dice que son mías, pero yo de eso no me acuerdo, pero como sí me acuerdo de que colecciono, pues me las he quedado. Por eso nada más ¿eh? Que nada más estemos dos para correr, no es mi problema.

MENDIGO: Cállese, por lo que más quiera.

ELLA: (*Abstraída*) ¿Por lo que más quiera...?

MENDIGO: (*La observa atentamente*) Diga, ¿qué es lo que más quiere en este mundo?

ELLA: (*Piensa. Al poco*) Pues... a mí me aprecio. Sólo faltaría lo contrario... ¿Usted... se aprecia?

MENDIGO: No se trata de mí.

ELLA: Bueno, bueno. ¿Pero usted se aprecia?

MENDIGO: (*Chilla*) ¡Le he dicho que no estamos hablando de mí!

ELLA: Usted no estará hablando de usted. Yo, sí. A ver.

MENDIGO: (*Igual*) ¡Le he dicho...! (*Se interrumpe por la mirada de ella*)

ELLA: ¿Se... aprecia?

Pausa.

MENDIGO: Mejor sigamos con lo suyo.

ELLA: No se aprecia.

MENDIGO: (*Se contiene*) Por favor..., haga lo que le digo.

ELLA: (*Piensa un momento*) Vale, vale.

MENDIGO: Quítese usted misma de usted.

ELLA: ¿Que me quite qué...? ¿De dónde me voy a quitar? Si yo no me he puesto en ningún sitio. ¿Que me levante?

MENDIGO: No. Escuche: quítese de su pensamiento.

ELLA: Me lo pone difícil. Si es un juego, no lo conocía. Yo sí sé de un juego...

MENDIGO: Inténtelo. Es... por el bien de la carrera. Piense.

ELLA: Ah, si es por eso... *(Piensa. Al poco)* ¿Y en qué tenía que pensar?

Porque no paro de pensar en qué tenía que pensar y usted se va a hartar de esperar. A ver.

MENDIGO: ¿A quién quiere más?

ELLA: Ah, eso. ¿Me creerá si le digo que... a usted?

MENDIGO: *(Grita. Se levanta)* ¿A mí?

ELLA: Cómo se enfada usted.

MENDIGO: No me enfado.

ELLA: Sí, sí se enfada.

MENDIGO: Pues no diga más tonterías.

ELLA: ¿Tonterías? ¿Eso qué es? ¿Si le dijera que le odio a usted con toda mi alma ya no sería una tontería?

MENDIGO: Otra más.

ELLA: ¿Y para qué pregunta?

MENDIGO: *(Grita)* ¡Pero si acaba de conocerme! ¿Cómo me va a querer ni a odiarme ni a tenerme o a dejarme de tener en cuenta?

ELLA: Uy, qué enfadadizo es usted. ¿Yo que culpa tengo de tener la culpa de después de mí quererle a usted más que a nada en este mundo?

MENDIGO: *(Para sí)* ¿Pero que estoy diciendo? *(A ella, con la paciencia del entendimiento)* Olvídese de mí, por favor. *(Se sienta a su lado)*

ELLA: ¿Así, para siempre?

MENDIGO: Por un momento.

ELLA: Ah.

MENDIGO: Piense un nombre y dígamelo en voz alta.

ELLA: (*Piensa un momento. Rápida*) Estefanía de Mónaco, y la otra; Manuel Benítez, y el otro; y Madona, Los Beatles, Richard Gere, Dustin Hoffman, Paul Newman, Chavela Vargas, Pablo Neruda...

MENDIGO: (*Enfadado, se levanta*) ¡No, no, no!

ELLA: No se enfade otra vez. Ya sé que me ha dicho un nombre y a mí me ha salido más de uno...

MENDIGO: ¿Acaso los conoce? ¿Conoce a toda esa gente?

ELLA: De vista. Y como muchos me gustan... No es que a todos los quiera por igual ni como para comérmelos. Aunque alguno sí que me comería, sí...

(*Sonrisita*) Y les tengo un aprecio..., sí. Una se encariña de las caras que ve...

A ver.

MENDIGO: ¡Ya está! ¡Ya está! Diga su nombre.

ELLA: Carmen.

MENDIGO: ¿Seguro? ¿Se llama así?

ELLA: Pues sí. Tanto gusto. ¿Es malo llamarse Carmen?

MENDIGO: ¿Está segura de que ese es su nombre verdadero?

ELLA: Bueno, pues... Sí. No sé... No, segura del todo, no estoy.

MENDIGO: Diga otro.

ELLA: ¿Cuál? ¿A boleo?

MENDIGO: No, uno cualquiera no resultaría.

ELLA: ¿Entonces?

MENDIGO: Diga alguien relacionado con usted, con su vida cotidiana.

ELLA: Esos que le he dicho son cotidianos, ¿eh?

MENDIGO: Cotidianos... ¿Los ve por la calle?

ELLA: Pues... no.

MENDIGO: ¿Por su barrio?

ELLA: (*Atolondrada*) ¿Mi barrio?

MENDIGO: ¿Vive alguno en su misma escalera?

ELLA: (*Más atolondrada*) Mi escalera...

MENDIGO: ¿Su casa?

ELLA: Mi casa...

MENDIGO: Exactamente.

ELLA: ¿Y dónde vivo yo?

MENDIGO: ¡Por fin!

ELLA: ¿Eso es lo que quería? ¿Saber en dónde está mi casa? ¿Para qué? A saber en lo que pensaré. Si es en lo mismo que yo, sospecho que cometería una infracción que se llama allanamiento de morada, y también tiene cárcel. ¿Es usted un ladrón disfrazado? ¿O... un espía? Pues si es un espía, a buen sitio ha venido a espiar. Estamos en un país libre. Lea usted los periódicos y se enterará de todo. No hace falta que se dedique a espiar. A ver. Aquí es todo transparente, tanto como el agua de los ríos y los mares. A ver. Si hay alguien que se tuerce, en seguida te lo dicen en el periódico. Te lo escriben con nombres y apellidos. Y al día siguiente, todo arreglado. Y si hay alguien que necesita algo, también. También... Bueno..., me he perdido. ¿Qué quiere, que hable yo sola? ¿Y cuánto le pagan por espiar? Porque si le han enseñado a espiar lo mismo que a cantar...

MENDIGO: ¿Se acuerda usted de que yo cantaba...?

ELLA: No... No... Sí... No sé... No sé. ¿Cantaba?

MENDIGO: Es igual, déjelo. ¿Ha terminado de hablar? *(Ella dice sí con la cabeza)* No es nada de eso, no. Escuche: piense usted en su casa, en sus cosas, en su familia, vea en su mente caras de sus amigos, y si es sincera, dígame simplemente: sí me acuerdo. No necesito que me dé direcciones ni nombres ni nada de nada.

ELLA: *(Piensa un poco)* Uy, Dios mío; uy, Dios mío... *(Se levanta. Camina de un lado a otro de una forma muy extraña. Como hecha un cuatro)*

MENDIGO: ¿Qué le sucede?

ELLA: Que no. Que nada. Que no me acuerdo de ninguna cara. Ni siquiera de la mía. ¿Soy guapa?

MENDIGO: ¿Por qué camina así?

ELLA: ¿Cómo?

MENDIGO: ¿Es que no se ve?

ELLA: Pues no. ¿Qué pasa?

MENDIGO: Va como encogida.

ELLA: ¿Y yo que quiere qué haga?

MENDIGO: Enderécese, mujer.

ELLA: ¿Soy fea, entonces? ¿Qué me dice?

MENDIGO: Que esto es muy raro. *(Por la difícil postura de ella)*

ELLA: ¿Soy guapa o fea? Dígamelo. Es tremendo, no acordarse una de la cara de una.

El mendigo la mira un momento. Con mucho cariño. Va a decir algo.

ELLA: *(No le deja hablar)* Ahora me preocupa más lo de las caras. No recuerdo ninguna. Ninguna. Se me vienen a la cabeza artistas de la copla; imitadores de artistas de la copla; imitadores de imitadores de artistas de la copla; imitadores de imitadores de imitadores de artistas de la copla; imitadores de imitadores de imitadores de artistas en general; un vidente en calzoncillos; un cartomántico que si le pagan ve más allá y si no le pagan, no; un político bailando una sevillana..., y hasta se me viene la cara de un cristo que llora sangre sin que nadie le pinche, pero ninguno de ellos es de mi familia, no. Ni son mis amigos, ni tengo una relación con alguno como para presumir de amistad delante de unas amistades que tampoco se me vienen a la cabeza. Porque cabeza tengo. *(Se la toca)* A ver.

MENDIGO: *(Se le acerca, y por la fuerza, intenta ponerla erguida)*

ELLA: ¿Qué hace?

MENDIGO: Está usted rígida. ¿Tiene calambres?

ELLA: No me acuerdo de ninguna cara... Y tampoco me duele nada..., ni los pies, ni el estómago, ni los pelos... No tengo dolores corporales...

MENDIGO: Si estaba tan normal..., hace un instante...

ELLA: *(Se zafa del mendigo, camina rápida, habla)* De un instante a otro, pasan cosas. Todo pasa de un instante a otro. Ahora una está sonrosada, y al instante siguiente se pone la cara al rojo vivo. Y bien puede ser de vergüenza, de desaliento, o de apretarse las ganas de ir al lavabo. Antes, así se ha puesto usted. Más rojo que rojo que no cabía otro color en su cara que el rojo. Y decía que no tenía ganas...

MENDIGO: *(La atrapa, para enderezarla)* Esto hay que arreglarlo. Usted no puede ir así.

ELLA: Déjeme. Me hace daño en los brazos. Ahora en las piernas. Y, además, está invadiendo una propiedad ajena: mi cuerpo, que es mío. También puede tener cárcel, porque yo tengo reservado el derecho de admisión. ¿Se lo había dicho eso?

MENDIGO: Pero si creo que esto tiene solución... *(Le clava una rodilla en la espalda)*

ELLA: Oiga, que me va a romper la espalda. Porque espalda noto yo que tengo. Por lo menos, una.

MENDIGO: No comprendo... Si hace unos minutos...

ELLA: Ah, que me hace daño. *(Se aparta)*

MENDIGO: Perdone, mi intención...

ELLA: ¿Quién soy? ¿Usted lo sabe?

MENDIGO: Eso mismo intentaba decirle yo.

ELLA: ¿Qué me esconde? ¿De dónde me ha sacado?

MENDIGO: ¿Sacarla, yo? Ha venido usted sola.

ELLA: ¿Por dónde? A ver.

MENDIGO: Pues... yo que sé. De por ahí... *(Señala)*

ELLA: *(Mira al mendigo con repugnancia)* ¿Y he venido con usted?

MENDIGO: ¿Pasaría algo si lo hubiera hecho?

ELLA: No... Que... su vestuario no... encaja con el mío, eso.

MENDIGO: Eso lo ha dicho por salir del paso.

ELLA: ¿Encaja?

MENDIGO: ¿Y por qué debería encajar?

ELLA: No encaja. Los dos lo sabíamos *(toma asiento)* y ninguno quería reconocerlo.

MENDIGO: (*Preocupado, se le acerca*) Oiga, ¿quiere que vaya a buscar una ambulancia?

ELLA: ¿Está usted mal?

MENDIGO: ¿Yo? La que está mal es usted.

ELLA: Ah, pues no sé. ¿Qué es lo que me ve usted mal?

MENDIGO: Pues... todo. Toda usted está perdida. Al parecer, se ha golpeado cuando nos caímos y ha perdido una parte de su memoria o... No sé... Tiene que haber ocurrido así... Quiero pensar que ha sido así...

ELLA: Usted es médico.

MENDIGO: No, no soy médico.

ELLA: Sí, porque me ha diagnosticado. ¡Qué raro...! Si estoy con un médico debería haber ido al lavabo. A ver.

MENDIGO: ¿Qué he hecho?

ELLA: Diagnosticar. Me ha diagnosticado una pérdida de memoria parcial. Eso no sabe hacerlo cualquiera.

MENDIGO: Yo... no he hecho nada de eso. Lo más que he hecho con usted ha sido caerme.

ELLA: ¿Nos hemos caído? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Juntos o por separado? ¿Entre piedras o basuras? ¿En blando, en duro? Es que la vida está llena de zancadillas, ¿eh? A veces pienso que la vida es una enorme pierna, que está cruzada en mitad de nuestro camino en todos los momentos de nuestra existencia, con el sólo propósito de hacernos caer a cada paso. Ya ve. Y pienso algunas cosas más. Pero no quiero cansarle. Que todo cansa, hasta el silencio.

MENDIGO: ¡Quién lo diría!

ELLA: ¿El qué?

MENDIGO: ¿Cómo?

ELLA: Usted también se ha caído, ¿no?

MENDIGO: También.

ELLA: Y no le ha pasado nada.

MENDIGO: Nada de importancia.

ELLA: A ver: ¿dónde vive usted?

MENDIGO: ¿Yo?

ELLA: Usted, sí. Lléveme a su casa. Cúreme usted si quiere, pero en su casa.

MENDIGO: Yo no tengo casa, señora.

ELLA: Todo el mundo tiene casa. ¿O tampoco usted se acuerda de en dónde vive? Dice que no le pasado nada de importancia, ¿no? Pues para no acordarse de su casa tiene que haberse golpeado como yo contra algo duro y como tiene usted la cabeza blanda, como yo, ha perdido la memoria, como yo, porque se ha dañado la base de datos esa de la cabeza, como yo.

MENDIGO: ¡No todo el mundo tiene casa!

ELLA: La voz no la ha perdido, no. Pero lo otro no me lo creo. ¿Dónde duerme?

MENDIGO: ¿Dormir?

ELLA: ¡También se le ha olvidado lo que es dormir! Sí, dormir. Se echa uno, cierra los ojos y al rato pierde la noción del tiempo y hasta de su propia conciencia. Por más que le preguntes la hora al que duerme, este nunca responde... Dormir. Dormir.

MENDIGO: (*Nervioso*) ¿Y para qué quiere saber en dónde duermo? ¿Piensa venir a visitarme?

ELLA: ¡Quién sabe! Es la única familia que tengo.

MENDIGO: Olvídese. Yo no soy su familia.

ELLA: Bueno, pues un amigo.

MENDIGO: Tampoco, tampoco soy su amigo.

ELLA: Lo dejaremos en conocido. ¿Va bien así?

MENDIGO: Va regular.

ELLA: Con esa actitud nunca hará amigos, ni novia, ni hijos, ni sobrinos, ni familia, ni se podrá comprar nada con las moneditas que le echen por cantar y por espiar porque nadie querrá venderle nada. Por antipático, poco sociable y nada tratable, además de estúpido.

MENDIGO: Con el golpe le podía a usted haber dado por callar.

ELLA: Ah, porque no le gusta conversar. Muy bien. Entréguese al de enfrente, ya verá qué bien.

MENDIGO: Me he entregado... Me he entregado... ¡Y qué...!

ELLA: ¿Y que le ha ido mal?, pues como a todos. Vamos todos contra todos. ¿No lo sabía? A ver. ¿Quién se inventaría el “tra” ese del contra? Con lo bien que quedaría la frase y las cosas sin el “tra”: “vamos todos con todos”. A ver. Pero el “tra” existe, ya está inventado. Y es complicado el remediarlo ¿eh? Cuando echemos la carrera ya verá como no le dejo ventaja. Ni usted a mí tampoco, ¿eh?, no se lo permitiría ni se lo perdonaría.

Pausa.

ELLA: ¿Me va a decir en dónde duerme?

MENDIGO: Bajo las estrellas.

ELLA: Qué bonito.

MENDIGO: Sí, es que me gustan los techos altos.

ELLA: ¿Aquí?, por ejemplo. *(Se levanta, camina normalmente. Busca)*

¿Dónde?

MENDIGO: ¡Está andando normal!

ELLA: *(Que sigue mirando)* ¿No tiene un colchón siquiera? Se pondrá unos cartones formando una cama.

MENDIGO: *(La zarandea. Sonríe, contento)* ¡Que está andando bien!

ELLA: Ha sonreído.

Silencio.

MENDIGO: *(Sombrío)* Pues yo no me he dado ni cuenta.

ELLA: ¿Ve?: “no me he dado ni cuenta”. Ha perdido la memoria. Si va a llamar a una ambulancia, que tenga habitación doble.

MENDIGO: He dicho lo que usted dice que he dicho, sí. Pero... es que no he querido creer que estuviera sonriendo.

ELLA: ¿Por qué? ¿Se lo ha prohibido usted a sí mismo? Qué desatino, ¿no? Sonreír bien, lo que se dice sonreír en profundidad, con convencimiento, digo, eso no lo puede hacer todo el mundo. Casi nadie. Si a usted le sale, no se lo impida a sí mismo. ¿Por qué? ¿Para qué?

MENDIGO: *(Confuso)* Hace usted de una sonrisa sin importancia la mismísima catedral de la alegría..., señorita.

ELLA: No sé. A ver. Pero si está contento, si tiene alegría porque tiene vida, aunque su vida de usted no sea ejemplo de nadie, ¿a mí o a quién le importa eso...? Tiene algo de memoria, y sabe quién es. Yo, no. *(Queda callada, taciturna)*

MENDIGO: No se entristezca, señorita. Porque... usted es joven ¿verdad? Para ser una señora... quiero decir... casada.

ELLA: No lo sé. No me acuerdo.

MENDIGO: Está llorando, señorita. Y ¿por qué? Yo tampoco sé muy bien quién soy. Nadie que utilice la cabeza sabe muy bien quién es. La vida es muy...

larga. Y a veces... a veces perdemos el rumbo... No hay que alarmarse.

(Intenta abrazarla, pero no se atreve. Ella se abraza a él, y a escondidas, se la ve sonreír)

ELLA: Quiérame un poquito, sólo un poquito. Hasta que recupere mi memoria.

MENDIGO: *(Apartándola)* ¿Y por qué no había de quererla? La ayudaré en lo que sepa. No traía usted bolso. ¿Lleva alguna documentación?

ELLA: No lo sé. *(Le da la pequeña cartera)*

MENDIGO: *(Tras registrarla)* Ninguna.

El mendigo recoge el paraguas, el abrigo..., las cosas de ella.

ELLA: El abrigo ese es pequeño para usted.

MENDIGO: La acompañaré hasta una comisaría. Allí lo solucionarán.

ELLA: No quiero ir a una comisaría.

MENDIGO: ¿Qué quiere entonces? Yo... tengo que hacer.

ELLA: Qué.

MENDIGO: Mis... cosas.

ELLA: ¿Qué cosas? ¿Sonreír?

Silencio. Se miran.

ELLA: Sonría delante de mí, a mí no me apura. Al contrario, me gusta.

MENDIGO: No... precisamente sonreír.

ELLA: Vagabundear. Con esa ropa...

MENDIGO: Sí..., vagabundear...

Pausa.

Ella lo mira con atención. El mendigo está turbado.

ELLA: ¿Por qué no me invita a comer algo?

MENDIGO: *(Entre la risa y el llanto)* No se ría de mí, señorita.

ELLA: ¿Me ha visto reírme?

MENDIGO: Yo sólo podría ofrecerle unos cuantos desperdicios como única comida.

ELLA: Todos comemos desperdicios, unos más limpios que otros, pero desperdicios. Son los desperdicios de la naturaleza. Maravillosos, los que satisfacen el paladar; y menos maravillosos otros. Pero todos comemos desperdicios.

MENDIGO: *(Sonríe)* Me cae usted bien.

ELLA: Ha vuelto a sonreír. ¿Tampoco lo ha hecho a propósito?

MENDIGO: *(Baja la cabeza)* No. Hace... tiempo, que no sonrío a propósito de nada.

ELLA: Pues... le sienta bien la sonrisa, Federico, no la pierda. *(Se tapa la boca)*

MENDIGO: *(Sorprendido)* ¿Federico?

ELLA: *(Confundida, nerviosa, tartamudea. Cambia de voz)* ¿Qué... dice de qué...?

MENDIGO: ¡Ha dicho Federico!

En adelante, ella se hace un verdadero lío con el cambio de voces. Hasta que se da por vencida y habla con la suya propia.

ELLA: *(Evita mirarle de frente)* He dicho muchas cosas esta mañana... *(Se interrumpe)* ... esta tarde, que... *(Se repone)* He dicho también Leonard Cohen y Boris Vian y Marlon Brando y...

MENDIGO: ¿Y por qué no quiere mirarme a la cara?

ELLA: Porque... no estoy... No me encuentro bien.

MENDIGO: Federico es mi nombre.

ELLA: (*Falsa*) Ah, ¿sí? Pues... Pues he acertado de casualidad. La casualidad hace que muchas cosas que creemos que nos hemos buscado no...

MENDIGO: Hay miles de nombres, y ha ido a escoger Federico.

ELLA: Bueno, ¿y qué? Lo... lo... lo dijo usted mismo.

MENDIGO: ¿Yo? No, señorita... Yo no he dicho eso, señora.

ELLA: Lo dijo. Dijo Fed, y todo el mundo sabe que Fed es un diminutivo de Federico. Es una explicación. Otra... explicación.

MENDIGO: No, ya no va a convencerme, "señorita". No tiene explicación. Esa que usted quiere darle, no. No, usted no ha dicho Federico de casualidad, ni ha pasado por aquí de "casualidad", ¿verdad que no? (*Ella le rehuye*) Contésteme. Ni ha perdido la memoria, ni nada de nada. Ha sido una farsa todo.

Silencio.

¿Se ha quedado muda?

Silencio.

Escuche, me importa bien poco quién sea usted. Nada en absoluto, ya que se trata de ser sinceros. Pero respóndame al menos a una pregunta: ¿quién la ha enviado?

Ella gira la cabeza.

¿Siente vergüenza? ¿O es que se ha puesto roja de roja roja, y no quiere que le vea su cara dura y dura y roja?

ELLA: Ahora está siendo cruel conmigo.

MENDIGO: ¡Quién habla de crueldad! Cállese, para decir eso. Cállese.

ELLA: Yo no quería aceptar.

MENDIGO: Pero con unas moneditas se arregla todo.

ELLA: ¡No ha sido por unas moneditas!

MENDIGO: ¿Tanto valgo que han sido billetes?

ELLA: Significaba un reto para mí.

MENDIGO: ¿Un reto el obstaculizar la voluntad de un hombre?

ELLA: Un reto para mi... profesión.

MENDIGO: ¿Qué es usted, psicóloga, o qué otra majadería? Además de una insensata.

ELLA: Actriz.

MENDIGO: ¿Actriz?

Ella asiente con la cabeza.

MENDIGO: ¿Quién ha sido? ¿Faustino?

ELLA: Me gustaría callar.

MENDIGO: Pero no lo hará. *(La coge por un brazo)* ¡Hable!

ELLA: Me está haciendo daño de verdad.

MENDIGO: ¡Pues hable!

ELLA: Sí, Faustino y su mujer.

MENDIGO: Pobres desgraciados.

ELLA: ¿Ellos, desgraciados? Usted, es el desgraciado. Y el desagradecido, hacia la gente que de verdad le quiere.

MENDIGO: Mucho me querrán de boca hacia afuera, pero poco me respetan a mí si no respetan tampoco mi libertad. ¿No le parece, señorita actriz?

ELLA: Era... su último intento de continuar viéndole a usted... Aunque fuera vagabundeando... Que en eso ellos no se meten. Porque le aprecian.

MENDIGO: ¿Por qué nos estaremos siempre metiendo en lo que bien poco debería importarnos? ¿Qué puede importarle a Faustino ¡y a su mujer! que yo quiera...?

ELLA: Ahora sí me siento mal de verdad. *(Se sienta)* He fracasado.

MENDIGO: ¿Fracasar? Lo ha hecho usted estupendamente. Me lo he tragado todo. Puede decírselo a ellos de mi parte. Así terminarán de pagarle, si no le habrían pagado todo ya. Es probable que mi precio sea ese dinero que escondía...

ELLA: He fracasado, si no ¿por qué hablaríamos de esto ahora? Se me ha escapado su nombre...

MENDIGO: Y eso la ha perdido.

ELLA: Sí.

MENDIGO: Pero, a excepción de ese insignificante detalle, el resto lo ha hecho muy bien.

ELLA: Mi primer papel como protagonista, y lo he echado a perder.

MENDIGO: No se preocupe. Ya digo...

ELLA: *(Lo corta)* Bueno, ni siquiera protagonista... Porque el único protagonista es usted. Su... vida, de usted.

Silencio.

MENDIGO: Continúo siendo el mismo burro de siempre. Ir a tragarme...

ELLA: He dicho otras cosas que no estaban en el guión.

MENDIGO: *(Se le acerca)* ¿Como cuáles?

ELLA: Qué más da.

MENDIGO: Gusto de saberlo.

ELLA: No importan.

MENDIGO: Me importan a mí. Y creo que estoy en mi derecho.

ELLA: *(Lo mira a los ojos)* Por ejemplo, lo de la sonrisa.

MENDIGO: *(Mira hacia otro lado)* Ah, eso.

ELLA: ¿Es poco?

MENDIGO: Casi nada.

ELLA: Ese casi vale por muchos todos. Se lo aseguro.

MENDIGO: ¿Nada más?

ELLA: Nada más, ¿qué?

MENDIGO: Que si todo lo demás estaba en ese guión que habíais preparado para mí.

ELLA: No, faltaba lo más importante. En él no se decía nada de...

MENDIGO: ¿De qué...?

ELLA: ¿Por qué tiene tanto interés en...?

MENDIGO: Porque sí. Quiero saberlo.

ELLA: No se decía en él que usted también debería caerme bien a mí.

MENDIGO: *(Confuso)* ¿Le he caído... bien?

ELLA: Pues sí.

Pausa.

MENDIGO: ¿Sabe... todo?

ELLA: Creo que lo suficiente.

MENDIGO: ¿Y aceptó hacer un papel así por unas cuantas monedas? ¿En la calle? ¿Estando de por medio la vida de un hombre? Es un juego peligroso, ese el de los actores. Porque es un juego, ¿no? Para usted ha sido un juego, ¿no?

ELLA: Algo más.

MENDIGO: No creo que pueda sorprenderme, diga lo que diga.

ELLA: Si quiere que me vaya, me iré.

MENDIGO: Antes me gustaría saber cómo ocurrió. Si no es mucho pedir.

ELLA: De casualidad, como ocurren tantas cosas. Así fue. Unas copas en el bar de Faustino, unos comentarios con respecto a un tal Federico y poco más.

MENDIGO: Ya. Lo demás vino por sí solo.

ELLA: Me ofrecí yo.

MENDIGO: ¡Vaya!, le agradezco su sinceridad. ¿Quería... experimentar? Yo he sido su... público.

ELLA: *(Sonríe con desgana)* Me ofrecí porque yo también pasé, hace bastantes años, algo parecido a lo que está usted pasando. Parecido, sólo parecido en... su desenlace. Era joven. Conocí a un chico, nos enamoramos, nos prometimos ese amor eterno que todos nos prometemos y que luego se evapora como el agua de un charco pequeño en una sola tarde de sol, en una maldita tarde... que encontramos un sol que nos da o que nos creemos que nos va a dar más luz... Quién sabe...

MENDIGO: Entonces... Siento haberle hablado así... Pero por algo... Eso ya no se estila, mujer...

ELLA: El corazón no sabe de estilos, ni de modas, menos mal. ¿Es que nunca ha querido a nadie?

MENDIGO: Siga, siga usted.

ELLA: Vine a caer a este mismo basurero. Este mismo escenario, ya ve, y no sé cómo llegué. Sé que me hallé aquí, borracha, y que quería acabar rápido, y de una vez por todas con todo. Y cuando ya estaba a pique de... *(Se corta)* Se

presentó ante mí una mujer, una anciana que llevaba unas bolsas de plástico en las manos, una que vestía así como usted..., una...

MENDIGO: Una pordiosera, como yo.

ELLA: Sí, una pordiosera. Y justo en ese momento en que... Ella me dijo unas palabras...

MENDIGO: ¿Qué palabras?

ELLA: Nada importante, no vaya a creer que... Me pidió pan.

MENDIGO: ¿Pan?

ELLA: Sí, pan.

MENDIGO: ¿Y qué tuvo que ver un pedazo de pan para que se echara atrás en su decisión de terminar con su vida?

ELLA: Siempre me lo he preguntado. Eso es lo que pasa. Siempre me lo estoy preguntando. Casi todos los días, cuando me levanto, pienso en aquella anciana y en su pan... Nunca más volví a verla. Aunque la he buscado. Yo he venido a ofrecerle... aquel mismo pedazo de pan, aunque esté ya duro y enmohecido, que no pude darle a aquella mujer cuando lo necesitaba. Pero ella me entregó ese día, he aprendido a apreciarlo después, todos los manjares del mundo.

En silencio, se miran.

MENDIGO: ¿Está actuando?

ELLA: ¿Qué?

MENDIGO: Que si ahora está interpretando otro papel, otro guión...

ELLA: ¿Y qué cambiaría eso?

MENDIGO: A lo mejor... todo.

ELLA: *(Lo mira fijamente)* No debo responderle a eso.

MENDIGO: ¿Pero sabe la respuesta?

ELLA: Por supuesto.

Silencio.

Al mendigo, poco a poco, empieza a entrarle la risa, y le cuesta írsele.

¿De qué se ríe?

MENDIGO: *(No puede hablar)*

ELLA: Ya dirá.

MENDIGO: *(Entre risas)* Perdone, pero no puedo aguantarme. El recordarla ahí a cuatro patas, dispuesta a echarme una carrera...

Ella comienza también a reír. Al poco, terminan.

Pausa.

ELLA: ¿Puedo hacerle una pregunta?

MENDIGO: Hágala.

ELLA: ¿Cómo ha llegado a...?

MENDIGO: *(No quiere entender a qué se refiere)* ¿A... qué?

ELLA: A... *(Duda)*...vivir así.

MENDIGO: *(Inmóvil, la mira)*

Pausa.

ELLA: Bueno, yo me voy. *(Recoge sus cosas)*

MENDIGO: ¿Cómo que se va?

ELLA: ¿Qué quiere que haga? ¿Acompañarle en el sentimiento?

MENDIGO: No sería una mala idea. Pero no puede marcharse.

ELLA: ¿Por qué?

MENDIGO: *(Duda)* Por... nada.

ELLA: No me han pagado para que le haga compañía.

MENDIGO: Ya, claro.

Ella avanza hacia la salida.

MENDIGO: Carmen.

Ella se detiene.

Porque se llama Carmen, ¿no?

ELLA: Como usted Federico.

MENDIGO: Supongamos, sólo... supongamos, que yo lo intento y sale mal.

¿Me sigue?

ELLA: Quiero seguirle.

MENDIGO: Si así ocurriera, ¿volvería usted alguna vez por aquí?

ELLA: *(Se vuelve hacia él)* ¿A qué?

MENDIGO: Pues... de paseo. Con un trozo de pan, por ejemplo, debajo del brazo.

ELLA: Si... pudiera estar segura de que no iba a sacar a pasear el pan solamente... ¿Usted lo sabe?

MENDIGO: *(Tras una pausa)* No lo sé.

ELLA: He fracasado.

MENDIGO: *(Con la cabeza baja)* Todo lo contrario.

ELLA: Tiene una respuesta.

MENDIGO: Sí.

ELLA: Pero no piensa decírmela.

MENDIGO: Hoy, no.

ELLA: ¿Entonces?

MENDIGO: Vuelva usted. Si no estoy yo, si usted no me encuentra a mí aquí, quizás otro habrá que... recoja su pan.

ELLA: (*Sonriendo*) Creo que jamás tendré otro papel como este; jamás.

Ninguno podrá satisfacerme tanto.

MENDIGO: Es usted buena... A mí me ha convencido, Carmen. Algún día...

ELLA: Calle.

MENDIGO: ¿Qué pasa?

ELLA: ¿No oye nada?

MENDIGO: No.

ELLA: Preste atención, Federico.

Se acercan ambos. Escuchan.

Ponga el oído lo más cerca que pueda.

Pegan sus orejas.

¿Oye ya?

MENDIGO: No, todavía no.

Ella se retira.

ELLA: ¿Hará algo por mí?

MENDIGO: Si puedo...

ELLA: ¿Pondrá el oído cerca?

MENDIGO: ¿De qué?

ELLA: Pues... de todas las cosas.

MENDIGO: ¿Tanto hay que oír?

ELLA: Todo... está por oír.

MENDIGO: Escucharé, se lo prometo.

Breve pausa.

MENDIGO: ¿Qué... les piensa decir a Faustino y a los del bar?

ELLA: Pues qué les voy a decir: la verdad.

MENDIGO: ¿La verdad? No volveré por allí.

ELLA: ¿Y por qué no? Yo les pienso decir que no le encontré a usted aquí, como ellos habían planeado, sino... que le vi a usted de casualidad. En cualquier sitio. Lejos de aquí, eso sí.

Se miran un momento. Ella da media vuelta.

ELLA: *(Antes de salir, se vuelve)* Federico.

MENDIGO: Qué.

ELLA: Gracias por... dedicarme la mañana. *(Extiende una mano)*

MENDIGO: *(Toma la mano)* Al contrario. Yo...

ELLA: *(Sonríe)* ¿Amigos?

MENDIGO: Sí, amigos. Yo no la olvidaré nunca, Carmen. Como usted tampoco ha podido olvidar a su anciana.

ELLA: No pierda la... sonrisa.

Ella sale.

El mendigo repasa con nostalgia el basurero. Su mirada tropieza con las monedas. Les da con un pie; mientras recoge un par, ve algo que sobresale de debajo de una de las cajas en la que estuvieron sentados. Lo saca. Son los billetes que ella guardó en su escote. Los mira, sonríe y se los echa al bolsillo. Se detiene, piensa, saca algunos billetes y vuelve a dejarlos en donde los encontró. Los demás se los vuelve a guardar.

MENDIGO: ¡Cuánto desperdicio, señor, cuánto desperdicio!

Respira profundamente, y sale por un lado distinto por el que lo hiciera ella.

La luz no se apaga. El telón no cae.